



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

EL LAUREL
DE LOS
SIETE SIGLO

A-2
1
1
B.P.A.G.

Granada
40

La Leyenda Tradicional.

TOMO PRIMERO.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS.

JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-2

Tabl.

1

N.º

1

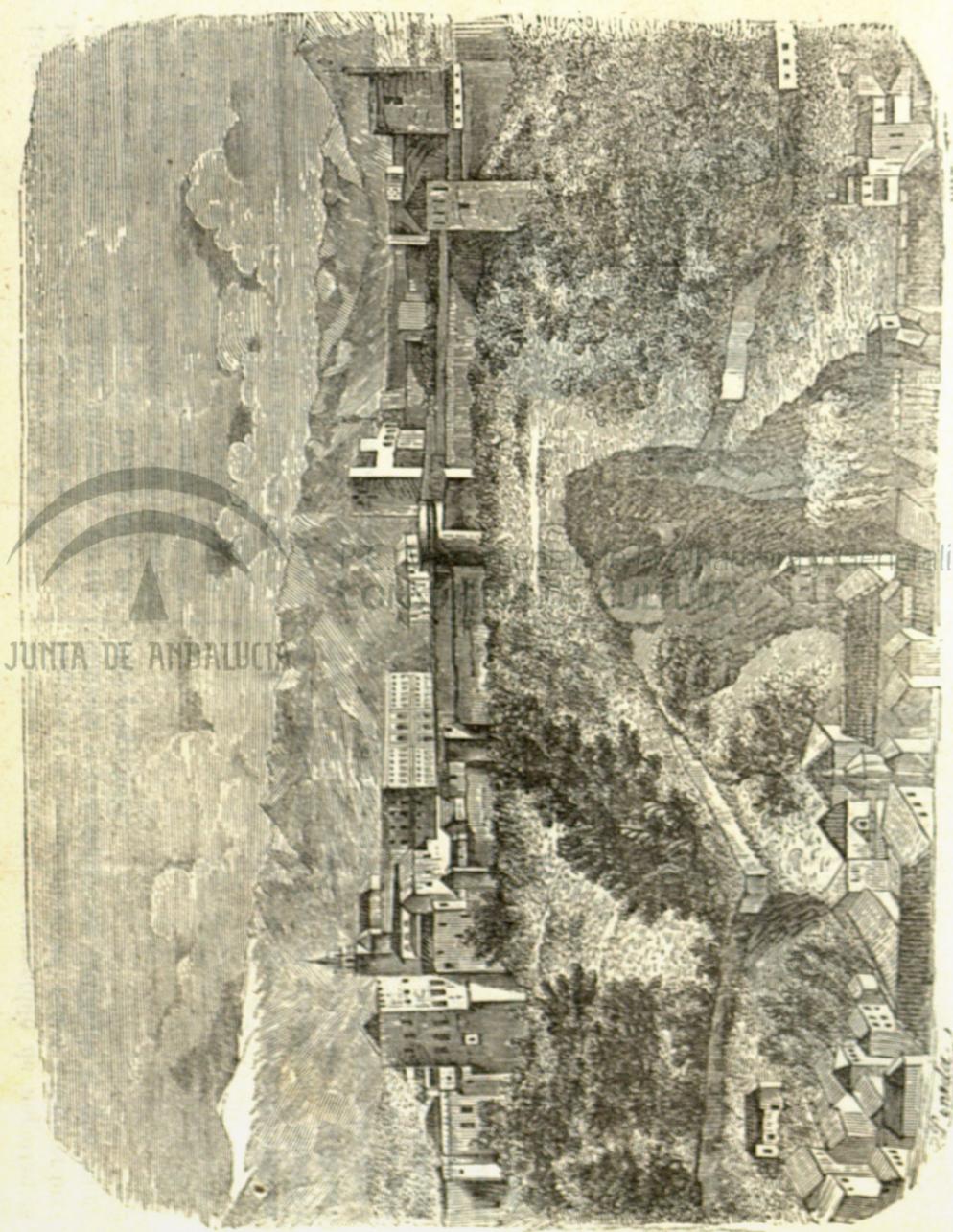
la Alhambra y Generalife

TOMO PRIMERO

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANBALUCIA

Sanlúcar

life

Sanlúcar

B. 71.

EL LAUREL

DE LOS

Siete Siglos.

(Crónica del siglo XV). (Conquista de Granada).

LEYENDA ORIENTAL,

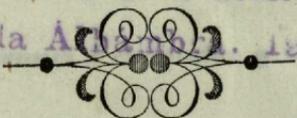
POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
Donativo de la Srta. Conde de LUNA

Donaciones á la Biblioteca
de la Academia de la Lengua. 1855

JUNTA DE ANDALUCIA



GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSE M. ZAMORA.

Placeta del Santo Cristo, núm. 67.

1850.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Es propiedad de D. J. M. Zamora.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

AL SEÑOR

D. José Salvador de Salvador,



como una prenda de amistad,

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Manuel Fernandez y Gonzalez.

PRÓLOGO.

En el que se da cuenta del por qué se ha escrito esta verídica historia.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Una legua al Sur de Granada, sobre las laderas situadas á la izquierda del rio Genil, y vecina ya á las vertientes de la sierra Nevada, hay una villa realenga llamada la Zubia, rodeada de huertas y olivares, sobre los cuales se eleva el blanco campanario de su iglesia, como el minarete de un kan oriental sobre los sicomoros y las palmeras de un oasis.

La Zubia, para los profanos á la historia, no es otra cosa que una aldea, como otras tantas que salpican la vega de Granada, de casas blanqueadas y de mediana construccion en torno de la iglesia y de las avenidas de la plaza, cruzada mas allá por barrancos y acequias, en cuyas orillas parecen próximas á

desplomarse casas ennegrecidas y ruinosas, en muchas de las cuales se conserva aun el blason de un noble castellano ó aragonés, puesto como la marca del vencedor sobre la clave de arco árabe.

Pero para el anticuario, para el historiador, la hoy olvidada villa realenga es un álbum de la edad media, mutilado es verdad, pero cuyos restos fueron testigos de grandes sucesos que la historia de Granada ha consignado con orgullo en una de sus mas gloriosas páginas.

El romancista, el poeta y el historiador no volverán de la Zubia, sin haber sido trasportados durante algunos momentos á la region encantada de los sueños, bellos en sus imágenes, con sus fantasmas cubiertos por el velo de la esclava oriental ó el arnés del árabe justador ; sin que los siglos pasados se hallan deslizado ante su vista inmaterial como los cuadros de una linterna mágica.

Yo que esto escribo he gozado tales cuadros, pero de un modo imprevisto, como el que perdido en los ásperos caminos de un desfiladero alcanza á ver en lontananza, entre las quebraduras de la montaña, un valle cubierto de verdura con horizontes color de rosa, por medio del cual serpea, festonado de flores y espadañas, un manso rio con aguas color de plata.

Porque la vida material del siglo XIX, con su positivismo, su incredulidad y su atmósfera impregnada con el gas mortífero del interés, único móvil de su pesada máquina, es un camino árido, penoso, erizado de abrojos, sin que nada bello, ni sublime, ni santo encuentre la imaginacion del poeta, que tiene que refugiarse para respirar aire de vida á esa re-

gion impalpable y bellissima donde bebe el éstro de sus cantares y de sus romances.

El domingo 3 de febrero del año de 1850, mi editor, dos poetas, un escritor de tradiciones, un jóven que no es cuentista ni poeta, pero con rivetes de cazador y mucho de calavera; otro jóven entre empleado y literato, y mi humilde persona éramos los amigos, que encerrados en un faeton y arrastrado por tres caballos tísicos, nos dirigiamos al trote á la citada villa de la Zubia.

Eran las nueve de la mañana, el ambiente estaba diáfano, el sol de Andalucía inundaba con vapores dorados las lejanas sierras, las aldeas de la vega y las alamedas del Genil; veíase por una parte á Granada tendida en anfiteatro sobre siete colinas coronando su silueta las torres de la Alhambra, y guardando sus opuestos extremos la catedral en el llano, las ruinas del convento de los Mártires en la altura; por el opuesto confín elevábase la cima del Veleta, sentada como en un trono sobre un grupo de sierras azuladas; á lo lejos se tendia el repecho del Padul, donde miró por última vez su alcázar, saludándole con un suspiro, Abdallah el Zogoihi; los gigantes brazos de la sierra, la cordillera del cerro del Sol á la derecha, los montes de Parapanda, de Loja de Elvira á la izquierda, la distante atalaya de Moclin, la vega encerrada en este marco de montañas como un huerto rodeado de su vallado, mostrando entre los olivares sus cien púeblecillos, ora tendidos en el llano como un nido de tórtolas, ora asentados en las alturas como la morada del águila; todo esto en fin era un panorama encantador, ante el cual se desata-

ron como por ensalmo la lengua de nuestros poetas; salieron á cuento magníficos trozos de poesías orientales de Zorrilla, púsose á feudo y tributo á Victor Hugo, y fué necesario que mi editor y yo impasieramos silencio á las musas, bajo la pena de hacer pagar al infractor un prosáico almuerzo.

La poesía cedió al temor, y al fin llegamos sin parecer locos á la plaza del pueblo y bajamos delante de la posada, que á juzgar por su exterior se acuerda sin duda de las primeras colonias pobladoras que trocaron sus tiendas nómadas por casas de ladrillo, en esta tierra de flores que los árabes llamaron su jardín de Hiram.

Un excelente presbítero, don José Vela, nos mostró lo que de notable encierra la iglesia, edificio de construcción árabe, que á primera vista tuve por mezquita antigua, cosa que la situación de su plano desmiente; y otro digno eclesiástico, don Andrés de Montes, nos condujo con suma amabilidad á la casa llamada Jardín Real (donde mi amigo el escritor de tradiciones ha cazado una al vuelo), se detuvo delante de cada cisterna árabe, nos mostró á lo lejos la Casa ahumada, el castillo, y en fin dió con nosotros en la huerta del convento de franciscanos, y delante de una enramada de laureles, situada junto á un pequeño templete de arquitectura pesada sostenido por pilastras, cubierto por una bóveda de órden árabe y de forma rectangular; este que puede llamarse monumento, es conocido en el pueblo con el nombre de *Ermita de la Reina* (1).

(1) Gracias al propietario de la huerta, el señor Parejo, la illa-

A algunos pasos de distancia al sur del laurel está el convento, cuyo claústro ha sido demolido y cuya iglesia, pequeña aunque de buen gusto y con buenas luces, es actualmente un nido de lechuzas.

Dentro del claústro en un ángulo hay una pequeña casa arruinada, en la cual nos hizo reparar nuestro anticuario eclesiástico.

La casa y el laurel guardan una tradición histórica, poco anterior é intimamente unida á la conquista de Granada, de las que son consecuencias el convento y el templete.

Y he aquí que yo, prófugo por un dia de la población para pasarle en el campo lejos de la sociedad presente, me encontré de una manera imprevista delante de un recuerdo del pasado. He aquí porque luego delante del almuerzo, á la vista de la hija del posadero (que sea dicho entre paréntesis es una lindísima aldeana, con la pureza que debió tener Eva antes del pecado), obedeciendo á mi instinto de calcar una novela sobre el pedestal de una columna, sobre el agujero de una pared, sobre las ruinas de una torre, prometí á mis amigos escribir una leyenda sobre aquel laurel y aquella casa.

Una vez prometido fuerza era cumplirlo.

La leyenda se escribió, querido lector, y ahí está.

mada Ermita ha sido restaurada y el laurel conservado, asi como se debe que la iglesia del convento no haya sido destruida al señor Montes y Vela.

INTRODUCCION.



No hay mas Dios que Dios, el altísimo y único; para el que conoce lo que está manifiesto y lo que está oculto, no hay mas Dios que él; con su ayuda vamos á contaros la destruccion de un reino poderoso, perdido por un rey débil y cobarde á quien Dios maldiga.

Sabed que ese reino, llorado aun por los creyentes desterrados, es Granada, la ciudad de los minaretes, la Damasco de Europa, la perla de Occidente.

Y el rey cobarde, el maldecido de Dios, fué Abou-A'bd-Allah Al-Ssagyr, el Zogoibi (1).

(1) *Boabdil el Desdichado.*

En su frente se rompió la corona de Mohamet el Bermejo, del rey magnífico y vencedor, cuyo trono despues de él sustentó á veinte reyes.

Pero estaba escrito que aquel reino seria destruido ; estaba escrito que su mirab seria profanado, y su alcázar abierto, y sus hijos esclavizados y lanzados con la vergüenza en la frente, la pena en el corazon y las lágrimas en los ojos, á las abrasadas playas de Africa, siete siglos despues del dia en que, siguiendo la bandera del Islam tremolada por Taric el Invencible, salvaron en cien galeones el estrecho de las Angosturas (1) para poner la planta vencedora sobre un camino de sangre, en las hermosas y fértiles praderas de Gezira Alandalus (2).

Un rey débil y una corte gastada y envilecida, fueron la causa de la destruccion del imperio godo, arrollado en los terribles campos de Guadalete, delante de las huestes del Islam ; otro rey desdichado, maldecido en la cuna, debia arrostrar consigo todo lo que quedaba del imperio muslim en España.

Castilla y Aragon pusieron sus blasones sobre el cuartel real de Al-hhamar el Magnífico, y el yugo y las flechas coronadas por el *Tanto monta*, jactanciosa empresa de Fernando y de Isabel, afearon como la marca del señor el rostro del esclavo, los alcázares, las aljamas, los castillos y los almenares de Granada.

Mas no creais que entraron en ella los cristianos como entra el lobo en un redil desamparado ; la san-

(1) Hoy Gibraltar.

(2) Peninsula de España.

gre vertida en sus fronteras durante cuatro siglos hubiera podido formar un mar tan ancho como el de Damasco, y sin cuento son las sombras insepultas que, en el silencio de la noche, vagan sobre sus campos de combate.

Aun se conservan en sus peladas crestas las feridas huellas de sus valientes almogavares; aun guardan los ecós de la montaña el grito de guerra del justador almoravid. Recorred su tierra: cada torreón desmantelado, cada almena rota, cada ruina, en fin, os dirá un hecho histórico; mirad bien ese reino perdido y concebireis toda su grandeza pasada en los restos de su esqueleto.

Sin el rey Abou'l-Hhassan (1), sin su hermano A'bd-Allah Al-Ssagar (2), sin el miserable Abou-A'bd-Allah, Granada sería aun el paraíso de los fieles.

Imprudente Abou'l-Hassan, lanzó sobre sí todo el enojo, todo el poder de los cristianos fronterizos, pujantes ya con la union de las coronas de Aragón y Castilla; en vez de esperar y robustecerse para empuñar la lucha, la provocó cuando su hijo rebelde y su hermano ambicioso desmembraban las fuerzas del reino en bandos y parcialidades: Alhama, la puerta del reino, la atalaya abanzada, cayó en poder de los cristianos. Tras esta se rindió Loja, luego Cohín, Cártama, Ronda, Baza, Málaga, Guadix y Almería. Cuando Abou'l-Hassan dejó la corona en las sienes de su hijo Boabdil, ya los cristianos campeaban en la vega como en terreno propio, y llegaban con sus algaras hasta los muros de Granada.

(1) *Abul-Hacem.*

(2) *El joven.*

En tanto las luchas internas crecían; los hijos del Islam no estaban ya separados, como bajo el dominio de los califas Omíades, en grandes bandos de razas y pueblos como los árabes y los berberiscos, sino en pequeñas tribus como zegríes, zenetes, maza mudes, gomeres, almoradies y otras ciento que hacían cada día de Granada un sangriento campo de batalla, debilitaban las fuerzas que debían haber empleado contra el enemigo común, y se preparaban de este modo el destierro los unos, la esclavitud los otros, y todos al par la vergüenza del vencimiento.

Entanto, el rey Abou-Abdallah estaba en una situación desesperada: rebelado un tiempo contra su padre Abul-Hacem, engañado despues por su tío Abdallah Al-Ssagar, vendido por los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar, estimulado por su madre la ambiciosa sultana Aixa, y desamparado de todos, solo le quedaba un amigo en Muza Ebn-Abil-Gazan, y algunos cientos de leales almogawares (1). Los mejores caballeros del reino, los Ebn-Seradj (2), descontentos y ofendidos, siguieron los unos al infante Sidy Yahye y á sueldo y vasallaje de los reyes Católicos, otros á Abdallah Al-Ssagar, y los mas de ellos leales á su religion y á su honor de caballeros, pasaron á Africa, abandonando la tierra bendita de donde eran arrojados por su mala ventura.

Solo quedaba un valiente en quien estaban fijos todos los ojos y todas las esperanzas; sin su horóscopo funesto él quizá hubiera hecho otras Asturias de las Alpujarras, y hubiera sido el Pelayo del pue-

(1) *Caballeros de lanza y ballesta.*

(2) *Abencerrajes.*

blo moro. Este hombre era el emir de los ginetes granadinos, Muza Ebn-Abil-Gazan.

Pero á pesar de sus continuas algaras, de sus esfuerzos y de su lucha desesperada, los reyes cristianos con un ejército de treinta mil peones y doce mil ginetes, habian puesto sus reales en sierra Elvira, en los ojos de Guetor á dos leguas de Granada.

Pronto las tiendas fueron casas, la cerca murallas torreadas con cava profunda y alta estacada, y el real transformado en ciudad se llamó Santa Fé.

Cerráronse las puertas de Granada temerosos del enemigo, escasearon los alimentos, y se exasperaron los ánimos; las luchas intestinas, las escaramuzas fuera, los combates singulares entre sitiados y sitiadores, eran otros tantos veneros de sangre abiertos en el corazón de Granada.

Abou-Abdallah, supersticioso y débil, habia confiado su reino y su porvenir á su destino, y desesperado, temeroso de cuantos le rodeaban, creyendo encontrar enemigos hasta en lo mas retirado de su harem, pasaba una vida vergonzosa encerrado en una torre, rodeado de guardas, y procurando olvidar sus desgracias entre impuros placeres.

Tal era el estado en que se hallaba Granada á principios de la luna de ramazan (1) del año ochocientos noventa y seis de la egira (2).

(1) *El orden de los meses que los árabes llaman lunas, es el siguiente: muharran, safer, rabic primera, rabic segunda, giunada primera, giunada segunda, regeb, xaban, ramazam, xawal, dilcada y dilhagia. Se entiende por egira la era de los musulmanes, que empieza en la época en que Mahoma huyó á la Meca.*

(2) *Junio de 1491 de J. C.*

I.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Por aquel tiempo había llegado á Granada un hombre de color atezado, barba blanca y espalda encorvada. Decíase médico y astrólogo, y apellidábase Jucef-el-Alime (1). Este hombre, viejo en la apariencia, llevando por único vestido una mugrienta toca, un caftán roto y un almaizar raído, apareció un día en la plaza de Bib-Albolut (2), á guisa de juglar, con un juego de cubiletes y una antiquísima y negra guitarra.

Allí, sentado sobre una alfombra vieja, hacia

(1) *Josef el Sabio.*

(2) *Plaza de la puerta de los Estandartes.*

juegos de manos, cantaba con voz ronca y acompañándose con la guitarra, romances de amor, curaba enfermedades malignas, y decia el horóscopo por algunas monedas de cobre.

Jucef-el-Alime vivió algun tiempo despreciado de todos, perseguido por los muchachos, ladrado por los perros, y en la situacion de un mendigo; pero nadie sabia el lugar de su morada, á la que se retiraba despues de la azalá de al-magreb (1).

Fuese que el desprecio público se le hiciese intolerable, fuese otra causa cualquiera, apareció algun tiempo despues con trajes severos, aseados y aunque modestos, dignos de un médico, montado en un asno de las Alpujarras, con una varita negra en la mano y un Koram (2) bajo el brazo. Dejó de sentarse en la alfombra en la plaza de Bib-Albolut, y desde entonces solamente se le vió durante la oracion de adohar en el atrio de la grande aljama (3) del Albaicin (4) predicando á los fieles la palabra de Dios, y curando con ciertas oraciones misteriosas y algunas yerbas de que siempre iba provisto, males del alma y estrañas enfermedades del cuerpo.

- De tiempo en tiempo la vista de Jucef se posaba de una manera fija y tenaz, como cediendo á un re-

(1) *Los árabes dan á sus horas los nombres siguientes: de azohbi, del alba; de adoha, de dia claro; de adohar, á medio dia; de alazar, á media tarde; de almagreb, á puestas del sol; de alatema ó alajá, al oscurecer al anoher; ya entrada la noche; segun su costumbre de dividir el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalas.*

(2) *Koram. lectura, libro de la ley entre los musulmanes, como entre los cristianos la Biblia.*

(3) *Al-Djami, mezquita principal.*

(4) *Hoy iglesia del Salvador.*

cóndito pensamiento, sobre los muros de una torre frontera á la aljama, y cuya puerta y agimeces se habian tapiado, dando mucho que decir al vulgo, despues de haber cedido el trono á su hijo Abou-Abdallah, el rey Abou'l-Hassan, y antes de su partida para Illora; creíase que un encanto dominaba á aquel alcázar, que el rey Xequé (1) habia construido para la sultana Zoraya (*lucero del alba*) en los tiempos de sus insensatos amores, y murmurábase de una dama hechizada que dormia en él, y á quien se atribuian los bandos y las discordias que laceraban á Granada.

Algunos habian preguntado á Jucef acerca del misterio del cerrado alcázar; pero este fruncia el cano entrecejo, lanzando sobre el curioso una mirada terrible, y seguia su rezo ó sus ensalmos.

Por este y otros accidentes Jucef habia llegado á infundir respeto, con su exterior grave y misterioso, sus lecturas piadosas y sus curaciones admirables; los mismos que antes, pobre y juglar, le habian insultado, se inclinaban con veneracion á su paso, y los que no habian reparado en él cuando era tocador de vihuela, corrian á tomar puesto en el círculo que cuotidianamente le rodeaba en la puerta de la aljama, y donde era conocido con el nombre de sabio Faquí (2).

Una hora despues de la oracion de adohar, Jucef montaba en su asno y salia del Albaicin por la puer-

(1) Asi llamaban en Granada á Abul-Hacem para distinguirlo de Boabdil, á quien llamaban el rey Chico.

(2) Doctor.

ta de Guadix (*Bib-Guadis*), y descendiendo á los frondosos cármenes del Dauro, se perdía en las altas y revueltas cortaduras que sirven de lecho al río; al día siguiente, á la misma hora y por el mismo sitio tornaba á la puerta de la aljama, donde ya le esperaban enfermos, enamorados ó supersticiosos.

Alguna vez, entre estos seres vulgares, aparecía un hombre de gesto sombrío, mirada recelosa y expresión astuta, y cambiaba con el sabio algunas palabras en un lenguaje desconocido. Frunciase ó dilatábase el semblante de Jucef por un momento, y después seguía impassible el ejercicio de su profesión.

Muchos de estos hombres misteriosos solían esperarle luego fuera de los muros, y bajo la sombra de algún frondoso espino, ó en las grietas de una cueva ó en las revueltas de un barranco departían con él acaloradamente y por largo tiempo. A veces algunos de estos hombres llevaban bajo el alquicel un arnés, y oculta cuidadosamente una espada castellana.

Aquellos hombres, á juzgar por su traza, eran ladrones, ó contraventores de la ley, ó corredores de los enemigos.

A pesar de ser esta conducta sospechosa, nadie había reparado en ella, y Jucef gozaba ampliamente de su reputación de sabio Faquí.

Entre tanto los adalides de Muza, engañados por falsos avisos, eran continuamente batidos en la vega, sorprendidos en traidoras celadas, ó envueltos por un número considerable de cristianos, que los esterminaban ó cautivaban á mansalva. Jucef se dolía en alta voz de estos fracasos, y rezaba acompañado en coro por el populacho que le rodeaba, plañideras ora-

ciones porque Allah diese su favor á las armas de los musulmes.

Pero como nunca faltan en contra de un hombre por santo que sea, lenguas murmuradoras, susurrose que Jucef-el-Alime no era lo que parecia, y que por el contrario servia como *algazaz* (1) á los cristianos.

Llegaron estos rumores á oídos del *alkabir* (2) del rey, y con gran sorpresa suya un *katib* (3) acompañado de algunos ginetes, hizo montar al sabio en su asno y le condujo delante del *alwacir* (4) de Palacio, que investido con las insignias judiciales, teniendo delante un brasero donde se enrojecian hierros de formas estrañas y espantables, le mandó desnudar de cintura arriba, preparó tras él dos esclavos con varas, le amenazó con sacarle los ojos si mentía, y le interrogó severamente; pero Jucef se dió tal maña á cincersarse, habló de tal modo, estuvo tan inspirado, que el *alwacir* se sonrojó de haber tratado de una manera indigna á un varon santo y temeroso de Dios, le colmó de disculpas honoríficas, le hizo un rico presente, y le dejó marchar libre y con mas fama que antes de su enjuiciamiento.

Jucef no abusó del triunfo; viósele siempre humilde, caritativo y piadoso, rodeado de sus discípulos, que tales podian llamarse los que cuotidianamente le rodeaban, mas no volvieron á aparecer junto á él, tal vez por casualidad, los hombres de rostro ma-

(1) *Espia.*

(2) *Presidente del consejo.*

(3) *Escribano.*

(4) *Alguacil mayor del reino.*

lévolo con los cuales habia tenido otras veces pláticas estrañas en un lenguaje desconocido.

Pero estaba escrito que no debia ya el sabio gozar de reposo ; la calumnia es un corrosivo terrible, que si cae sobre la reputacion mas pura, no la abandonará sin haber dejado impresa en ella sus señales. Aquellos rumores, aunque desmentidos, proseguian, y llegaron en mal hora á oidos del *emir* (1) Muza Ebn-Abil-Gazan.

Menos astuto este que los cadíes, los wacires, y los katibs, era en cambio mas fogoso ; rodeado por todas partes de enemigos y de traidores, se habia acostumbrado á desconfiar de todo, y sabia leer en los ojos de los hombres los intentos de su espíritu. Jóven, audaz, valiente, lleno de amor hácia su patria y de lealtad hácia el rey, su señor natural, á nadie confió la investigacion de lo que pudiera existir de criminalidad en el sabio Faquí. El, solo, cubierto con su traje mas rico, ginete en su mejor caballo, galan y hermoso, reuniendo en sí todo cuanto restaba de bello y sublime al pueblo moro, se presentó un dia delante de la aljama, descabalgó, dejó las riendas sobre el cuello á su corcel, y se adelantó reposado, tranquilo, casi sonriendo al círculo de curiosos, muchachos é imbéciles que rodeaban á Jucef.

El pueblo le abrió calle, y se mantuvo á una distancia respetuosa del jóven y hermoso emir. Muza, el caudillo del rey, era temido por los valientes, respetado por los buenos y amado por las damas. Era el hijo predilecto de Granada, y bastaba una mira-

(1) *Principe, caudillo, general.*

da ó una accion suya para que se desnudasen en su torno cien espadas ó para que se apaciguase un motin.

Jusef-el-Alime, el hombre que no habia temblado ante los preparativos del azote y del tormento, palideció instantáneamente ante la presencia del emir.

—Que el señor altísimo, sabio y vencedor sea contigo, sabio Faquí, dijo Muza á Jucef; la fama de tu ciencia ha llegado hasta mí, y quiero que descifres mi horóscopo en el libro del porvenir.

Ni un músculo, ni un párpado se habian contraído en el semblante del mancebo; en su boca lucia una amistosa y cortés sonrisa, y su mano se tendia en direccion á la de Jucef.

—Seas bien venido, caudillo vencedor, espada del Islam, contestó el sabio, ¿qué podrá decir el buho que medita, al águila que vuela?

—Tú eres sabio, Faquí, contestó Muza, tú has descifrado los misterios del libro de Dios y las estrellas hablan contigo; yo soy ciego, marchó entre tinieblas en el camino de mi vida y te pido ojos y luz.

—Eres valiente, emir, contestó el sabio, pero tu horóscopo es funesto; henchida de sangre y desgracias está la nube de tu destino. La muerte acecha, emir, pero tu muerte será gloriosa; tus enemigos honrarán tu cadáver, y los hijos del Islam llorarán sobre tu tumba porque serán esclavos.

Una rápida expresion de cólera pasó por el semblante de Muza; pero imperceptible como una ráfaga que pasa por delante del sol del estío; parecióle que el color cobrizo del sabio no era su color; que su barba cana cubria otra barba negra y rizada, que sus ojos tenian mas fuerza que la que debia

suponerse en los de un viejo. Dominóse sin embargo, y contestó sonriendo:

—Sabio, gracias á tu ciencia el horóscopo que me has anunciado es el mas á propósito para llenar de alegría el alma de un emir. Que Dios el altísimo y único sea contigo.

Arrojó una dobla de oro á los piés de Jucef, atravesó por medio del populacho, cabalgó, y perdióse entre las reyeltas calles del Albaicin.

Al llegar á una encrucijada próxima á la Alcazaba, un esclavo africano se aproximó á él.

—Acbakr, le dijo, eres astuto como una serpiente, ágil como un ximio, veloz como unalcon....

—Manda, señor, contestó inclinándose el esclavo.

—Vé á la aljama, y sigue al santon cuando se aleje, de modo que no seas visto por él. Si esta tarde á la hora de la oracion de almagreb no me has descubierto donde mora, quedará tu tronco sin cabeza.

El esclavo se inclinó de nuevo, y partió obedeciendo á un ademan de Muza, que se encaminó á la Alhambra, entró en su alcázar y esperó.

Tres horas despues el esclavo se prosternó ante él.

—Señor, le dijo, el Faquí mora en una cueva, á una carrera de caballo de la Alhambra, subiendo la corriente, á la izquierda del rio.



II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Apenas la noche había cubierto el hemisferio, cuando Muza, armado de todas armas, ginete en un caballo de batalla, y guiado por Acbakr, salió de la Alhambra por la puerta de los Siete-Suelos, subió al galope el repecho del Haza de la Escaramuza, y empezó á trepar siguiendo la carrera del esclavo, el escarpado sendero que corta por la parte oriental la falda de la Silla del Moro.

Pronto el señor y el esclavo llegaron á la ancha plataforma, cumbre de la cordillera, y junto á las ruinas de una antigua poblacion árabe, de las cuales solo se conserva hoy como único vestigio una cisterna conocida por Aljibe de la Lluvia.

La luna creciente, se elevaba en un espacio sin nubes, inundando de una luz pálida y misteriosa las montañas, la vega y Granada.

De oriente á poniente, desde la falda de Sierra Nevada hasta los montes de Loja se elevaba, como una gasa flotante, un vapor transparente, indeciso, perdido como el velo de una vírgen; confundiéndose en él, ora oculta entre las quebraduras de las montañas, ora cubriendo una estrecha garganta, se estendia otra faja de vapores, del norte al mediodia iluminada vigorosamente por la luna que parecia salir de una region encantada: estas dos ráfagas de niebla marcaban la situacion del Dauro y el Genil; junto á sus fajas luminosas, perdidas en una penumbra de sombra, ora pardas, ora azules, se destacaban las montañas, las rocas, los valles, la vega, la ciudad, las aldeas y los castillos.

Se habian estinguido los rumores que acompañan al dia; habian callado las esquilas de los rebaños, el canto de las aves, los gritos de los labriegos; pero alguna vez se escuchaba el ladrido de un perro vigilante, el grito de las lechuzas entre las ruinas, la voz de alerta de los atalayas de la Silla del Moro, y al lejos perdido, confuso, sonoro, el zumbido unisono, continuo, que como un hálito de vida surgia de Granada.

Muza habia detenido la carrera de su caballo para observar aquel espectáculo grandioso, con su aparente faz, sus rumores fantásticos, su claridad mate y su manto de niebla; habia suspirado al ver á Granada inerte y silenciosa entregada al sueño, y habia rugido de cólera al percibir al lejos, en la vega,

las fogatas del real de Santafé, delante de las cuales parecía distinguir al atalaya castellano, afilando el hierro de su ancha pica en las piedras del muro, y mirando codicioso las torres de la Alhambra.

—¡ Oh señor Allah ! exclamó el emir ; ¡ cuán inexorable eres ! ¿ Será verdad que ese jardín de delicias, esa ciudad de mil torres, y ese alcázar de perlas han de ser presa del tigre que acecha desde su cubil, y que dilata ya su ojo sangriento ?

Muza arrimó los acicates á su caballo y blandió ferrozmente su lanza de dos hierros mirando á Santafé. El valiente bruto, á quien contenia la crispada mano del emir, se estremeció piafando, y lanzó en el espacio un relincho de dolor.

—Silencio, Samyel, dijo Muza, silencio ; que yo te juro por el santo nombre del señor fuerte é invencible, hacerte pisar centenares de cristianos, y bañarte hasta las cinchas en su sangre aborrecida. ¡ Señor Allah ! añadió fijando sus elocuentes ojos negros en el firmamento , muestra á tu siervo un camino de salvacion para su patria, que yo te juro por mi fe de muslim y mi nombre de caballero no retroceder aunque haya de pasar el terrible puente Sirat (1) sobre las llamas del fuego eterno.

Apenas pronunciadas estas palabras el vapor de los rios se dilató ; tendiose primero, oscilando como un gigante penacho, doblose luego, llenó el espacio y se condensó.

(1) *Este puente es mas delgado que un cabello y mas afilado que una navaja. Las almas de los elegidos lo pasarán con la velocidad del viento; pero los réprobos resbalarán y se precipitarán en el fuego eterno. (Korán).*

Una claridad blanca, fria, nebulosa, sustituyó á la luz de la luna.

La tierra habia desaparecido, los ruidos nocturnos habian cesado ; solo quedaban niebla y silencio.

Muza se afirmó en los estribos, abrazó la adarga y afianzó la lanza, como un justador que se apercibe al combate ; aguijó el corcel y este partió á la carrera.

Sus ferrados cascos resonaban como sobre un camino de rocas ; fuego lívido arrancaban de él, chispeando, sus herraduras.

Y cada momento que transcurria era su carrera mas veloz, el ruido de sus pisadas mas sonoro, mas intenso y abundante el fuego que arrancaba de la roca.

Al fin su velocidad fué igual á la del viento, cuyo nombre le habia apropiado Muza (1).

Y corria sin tregua ni descanso, como si le hubieran impulsado la mano de Dios.

Y Muza, con el cuerpo inclinado, la vista atenta, el corazon tranquilo, veia pasar junto á él las sombras arrebatadas por el torbellino.

Y el caballo seguia corriendo ; el ruido de sus pasos era ya semejante al rudo redoble de un atabal ; se devoraba en sí mismo, se continuaba, se perdia en un rumor atronador, sonoro, unísono.

Y las sombras pasaban cada vez menos densas, á

(1) *Bed-simoum ó bed-samyel, huracan furioso que nace en el golfo pérsico, y levanta en montañas las arenas del desierto. Se anuncia con gran ruido ; á su llegada el cielo parece encarnado ó inflamado ; mata al momento por la sofocacion, á los que pasa se reducen á polvo cuando se les toca ; sin embargo no altera sus formas.*

la manera que la luz de la alborada crece en claridad y calor; pasaban y desaparecían, y al fin dejaron ver un cielo azul, diáfano, alumbrado por la misma luna creciente que Muza había visto brillar sobre Granada.

Cesó la roca bajo las herraduras del corcel, menguó su carrera, y Muza se encontró en terreno desconocido.

Descendía por entre las quebraduras de un barranco á un valle profundo. Una senda estrecha le condujo á la entrada de un bosque oscurísimo. Las aves nocturnas revolaban en su enramada, y el grito del cárabo era repetido á lo lejos por los ecos.

Dentro ya del bosque, blancos y solitarios sepulcros se tendían á entrambos lados de la senda; unos eran humildes, otros elevados; el laurel y el ciprés crecían en torno de las tumbas; un prestigio pavoroso llenaba aquel bosque de los muertos.

A poco que anduvo en él encontró á un viejo encorbado, vestido con una ropa de púrpura, ceñida la frente de laureles, y cuya barba blanquísima casi tocaba al suelo, apoyábase en una espada desnuda y sangrienta y se alumbraba con una antorcha.

El rostro, las manos y los pies de este hombre eran negros; parecía pertenecer á la raza egipcia; pero su calva frente estaba llena de majestad, sus ojos brillaban con un orgullo salvaje, y su boca desdenosa entonaba un antiguo canto de guerra.

Muza, feroz con los enemigos, cortés con las damas, respetuoso con los ancianos, se inclinó ante el hombre negro; este procuró elevar su encorbada espalda, y alumbró con la luz de su antorcha el semblante del mancebo.

Los ojos del viejo, de espresion bravia y feroz, se dilataron, su boca sonrió, cesó su canto de guerra, y mirando de hito en hito al jóven, le dijo:

—Tú eres Muza Ebn-Abil-Gazan, emir del rey Abdallah el Zogoibi.

—Yo soy el que dices, anciano, contestó Muza: ¿Quién eres tú que conoces mi nombre y mi estado, y qué tierra es esta tenebrosa donde reina la sombra y duermen los muertos?

—Yo soy, contestó el viejo, el primer siglo de la dominacion árabe en España; este mi cementerio. Contéplale bien. Esta tumba severa, trás la cual brota un laurel, es la de Taric-Ebn-Ziad; por él tienen un nombre célebre los campos de Jeréz, y el Guadalete es un rio notable. Este fué el caudillo valiente, compasivo y generoso, con los suyos y con los estraños. Su laurel es verde matizado de oro. Columna de Islam, duerme aqui el sueño de los justos y junto á él descansa su espada vencedora. Su nombre será respetado con los siglos, y nunca se marchitará el laurel que brota sobre su último lecho.

El viejo pasó adelante, y alumbró otro sepulcro, cuya inscripcion estaba cubierta de musgo, y en torno del cual brotaban yerbas parásitas.

—Aqui duerme, dijo el viejo, Muza-Ebn-Noscyr. Su sueño es un sueño de infamia. Envidioso, avaró y cruel calumnió á Taric y le encarceló. La muerte fué con él. Los laureles adquiridos por su espada se han marchitado y reducido á polvo. Solo queda la memoria de sus faltas.

El viejo llegó á otra tumba.

—Aqui reposa Abdelaziz, mas allá su esposa Egi-

la: tercer emir de España, empañó el brillo de sus virtudes y de su valor, siendo renegado á Dios y traidor al califa y á su pueblo por el amor de una mujer, su losa brota sangre como la de Egila. El puñal de la justicia los arrojó á la muerte.

Estos cinco sepulcros son de otros tantos emires que gobernaron sin dejar huellas de su nombre.

Aquí reposa Abderramen (A'bd-al Rahhman, *servidor del misericordioso*), el último de los Abassidas en Damasco, el primer califa de Córdoba, el caudillo fuerte é invencible. La gloria se cierne sobre su tumba, porque él hizo un reino independiente y poderoso de la conquista de Taric. La grande aljama de Córdoba (1) es el signo de su poder y su grandeza.

Allí reposa Pelayo. El laurel que brota junto á su fosa fué fatal á los hijos de Ismael y destila sangre. Pero es mi laurel mas lozano.

Funestos fueron tambien á los árabes los de Alfonso y don Favila, sus espadas se tiñeron de sangre hasta las empuñaduras, y la cruz estendió por ellos sus dominios sobre las tierras del Islam.

Allí descansa Hischem, el hijo de Abderramen, llamado el justo y el bueno. Su reinado tuvo la duracion de un relámpago, y bajó á la fosa sin gloria pero sin infamia.

La tumba de su hijo Al-Hhakem (*el Sabio*) pertenece á otro siglo, emir; mi cementerio es reducido pero en él domina la gloria; la bandera de Ismael flota aun sobre mi frente, y los siglos venideros vol-

(1) Hoy Catedral.

verán atrás la vista y me mirarán con respeto; pues bien, si tú hubieras vivido en mi tiempo, tu gloria sería tan alta como la que mas me llena de orgullo, tu espada hubiera sido la espada del Islam.

—¿Y ahora, señor? murmuró Muza.

—¿Qué puede el hombre contra su destino? contestó el viejo. ¿Cómo querrás tu solo contener el torrente que se desborda? ¿Cómo detener la mano del Altísimo que se levanta justiciera sobre un pueblo manchado con la impiedad y los vicios?

—Pero aun queda esperanza, anciano. ¿Qué importa que yo muera si salvo á mi patria, si tras mí se levantan otros que caigan como yo, pero que al caer arrastren consigo un pedazo de terreno arrancado al enemigo?

—Solo queda un medio, contestó el viejo, pero la prueba es difícil; tú has pedido al señor fuerte é invencible te muestre un camino de salvacion para tu patria, y te ha enviado junto al pasado que guarda el destino del porvenir. ¡Ay de tí si te falta fuerza, Muza, porque caerás y pasará tu nombre como pasan las hojas que arrastra el viento del invierno!

Dichas estas palabras el viejo empezó á andar rápidamente el sendero adelante, internándose en el bosque; Muza le seguia; á poco encontraron otro hombre exactamente igual al que guiaba al emir; luego otro y otro hasta siete; todos llevaban espadas, mantos de escarlata y coronas de laurel; pero sus espaldas eran sucesivamente menos encorbadas, sus barbas menós blancas, hasta el último que aparecia fuerte y robusto en todo el esplendor de la edad viril.

Caminaban siempre entre sepulcros; pero á medida

que abanzaban era la senda menos áspera y estrecha, el bosque mas claro, la luz mas diáfana.

Los siete hombres con las siete antorchas en aquel camino medroso y mortuorio hubieran inspirado pavor á otro menos valiente que Muza Ebn-Abil-Gazan.

Al fin desembocaron en un pequeño valle; en el centro de él se elevaba un alcázar negro y silencioso; sus almenas eran de diamante, su puerta de hierro, y sobre la elevada aguja de su alminar ondeaba un pendon verde, en cuyo centro se leia en caracteres cúficos de oro el mote: *Le galib ile Allah!* (*¡Solo Dios es vencedor!*).

Mudo, imponente, gigantesto, aquel alcázar terrible parecia suspendido sobre un abismo de niebla y coronado por una aureola de pálidos vapores; ni habia guardas en sus adarves, ni ajimeces en sus muros, ni saeteras en sus almenas; rodeábale un prestigio pavoroso, y era sombrío como una tumba.

El primer siglo llegó á la puerta, la tocó con la punta de su espada, y sus dos hojas se abrieron lentamente y sin ruido; los siete siglos uno despues de otro se internaron en un ámbito oscuro y tras ellos Muza. La puerta se cerró, y el emir, atónito, con el corazon lleno de emocion siguió á los siete ancianos; descendieron por una espiral y descendió; á los cien peldaños de profundidad se abrió otra puerta, y dejó ver un retrete octógono alumbrado por lámparas sepulcrales.

En cada uno de los lados habia un divan riquísimo; sobre ellos, entre trofeos de guerra, se veian nombres escritos con oro y sangre; estaban allí consignadas todas las hazañas y todos los vicios de sie-

te siglos, y la verdad, desnuda, severa, aparecía en aquel alcázar de la historia pasada.

Cada uno de los siglos asentó en un divan con el orgullo y la majestad de un califa, y clavó junto á sí la antorcha en sus ricas maderas. Muza, avezado á hollar con segura planta y con la cabeza erguida las alfombras de seda y oro de los alcázares de sus reyes, deslumbrantes de oro y púrpura, se sintió anonadado, sujeto por un poder superior en el centro de aquel pavimento de mármol negro, rodeado de aquellas paredes, elocuentes por sus inscripciones, cubierto por aquella bóveda oscura que pesaba sobre la historia de siete siglos.

Parecióle que le miraban los mil héroes, cuyos nombres leía con respeto á la luz de sus lámparas mortuorias; parecióle que sus espectros se levantaban de la tumba, mostrándole sus cuerpos desgarrados por el acero ó manchados por las lividas señales del tósigo; creyó escuchar cien idiomas diversos unidos en un lenguaje incomprensible; sintió deslizarse ondeantes á su lado mantos reales, clámides, túnicas y alquiceles; se fingió áspero rechinar de arneses, ruido sonoro de espuelas, relinchos de caballos y estruendo de combate, junto al bélico y vibrante son de los clarines y el redoble del ronco atabal; azotó su rostro el torbellino, y sus ojos ciegos pretendieron en vano penetrar en el pasado.

Una voz severa, fuerte y acentuada disipó de su espíritu las visiones que le abrumaban.

—¡Creyente! le dijo el primer siglo, tu has jurado al Señor altísimo, fuerte é invencible, por tu fe de muslim y tu nombre de caballero, no retroceder

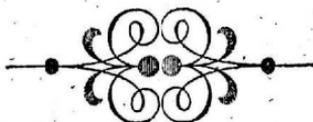
ni ante el fuego eterno, si te muestra un camino de salvacion para tu patria, y ese camino va á abrirse ante tí.

—¡Que se cumpla la voluntad del Señor Allah! contestó prosternándose Muza.

—Escucha, emir, lo que ha cumplido que suceda al destino, prosiguió el viejo. Yo y mis siete hermanos, de los cuales el uno aun preside el destino de los hijos de Ismael en el Occidente, hemos sido hombres como tú; hemos cerrado los ojos á la vida, como tú los cerrarás, y como tú muy en breve, hemos visto hace largo tiempo la region donde no hay sombra, donde muere la duda, donde vive eterno y resplandeciente el espíritu de Dios.

Escucha atento, emir, porque lo que vas á oir es una historia terrible.

Guardó silencio el viejo un momento, y despues con voz pausada y grave empezó su relato.



III.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalit
CONSEJERÍA DE CULTURA

—En el centro del Egipto, dentro de la frontera de la Nubia, en la comarca que riega el Bark-el-Abiad, está situado Bertat, pequeño reino, gobernado en aquellos remotos tiempos por reyes tributarios de los califas de Damasco.

Los hijos de aquel pais son negros como las tinieblas, y feroces y sanguinarios como el xacal; indolentes y crueles viven del robo y del asesinato, y son un azote de Dios para las comarcas vecinas.

Por el año noventa de la egira (1) los habitantes de esta comarca maldita estaban entregados á una

(1) 709 de la era cristiana.

idolatría inspirada por Eblis (1); el nombre de Dios era escarnecido, y holocaustos humanos de sangre é impureza ardian constantemente delante de los altares de oro consagrados al sol.

El enojo de Dios estaba suspendido sobre la ciudad impía, y el arcángel Azrael (2) solo esperaba el decreto terrible para dejar caer sobre ella la espada de la justicia.

Veinte años antes, el setenta de la egira, habia aparecido junto á la puerta oriental de la ciudad un árabe de color cobrizo y elevada estatura, ginete en un caballo de Arabia, llevando por único traje una túnica, y por armas una lanza, un arco y algunas saetas; se detuvo en el lugar donde el Bark-el-Abiad se despeña entre rocas, formando espumosas cataratas y torciéndose en atronadores tumbos junto á los profundos y estrechos valles formados por las quebraduras.

Descendió por un áspero sendero hasta la corriente, ató su caballo á un espino, y clavó su lanza en el suelo.

Era el lugar medroso y solitario, ni un pájaro ni un reptil, volaban ó se arrastraban sobre él.

Menguaba el dia; el sol reflejando en las cumbres de las rocas las teñia de un vivísimo color rojo, haciéndolas semejantes al coral.

El hombre que se habia detenido entre las quebraduras era jóven y robusto, y su semblante hermoso á pesar de su color atezado, de ojos negros, mirada profunda y piel lustrosa como el mármol pulimenta-

(1) *Satán*s entre los musulmanes.

(2) *Arcángel de la muerte.*

do ; todo en fin revelaba en su ser la agilidad y la fuerza muscular.

Sobre su semblante de espresion atenta y astuta, se pintaba un disgusto feroz y sus ojos sombríos lanzaban profundas y alternativas miradas sobre el oriente y el occidente.

Ocultóse el sol ; el lucero de la tarde apareció vi-
brando sus trémulos resplandores ; las aves nocturnas dejaron las grietas de las rocas, y la lechuza unió su triste graznar al ruido de las vertientes del rio, y al frio silvido del viento que zumbaba en las rocas y se perdía gimiendo entre los espinos y los árboles silvestres.

Lentamente nubes impelidas por el viento, se tendieron como un manto de negros vapores sobre el espacio ; cerró la noche.

Y las nubes se deslizaban pesadamente estendiéndose en el espacio, envolviendo las crestas de las rocas, cubriendo de niebla al rio, arrastrando en su seno formas extrañas en que la vista del árabe se fingia escuadrones de incubos y vampiros.

Al fin su voz entonó un canto misterioso.

—« Yo soy Yadilkadir (Yadi-l'Kadir, *mano del fuerte*), la tierra que piso se estremece bajo la sangrienta huella de mi corcel de guerra, y cada una de mis saetas es un rayo de muerte.

« Mi hermano es Rajatulah (Rahhatul-lah, *aliento de Dios*), y mi hermana Nurulawal (Nurul-Ahwal, *luz de la tempestad*).

« El es pujante y bravío ; su larga cabellera conmueve las rocas al pasar sobre ellas, y el mar se estremece aterrado al escuchar su grito de combate.

«El rey en su alcázar y el árabe en su tienda, se hielan de terror al escucharle, y le saludan los cedros y las palmeras doblegándose á su paso.

«Su voz es la voz del desierto, y sus alas abarcan la inmensidad.

«Mi hermana, es pálida como el amor, fugitiva como la felicidad, terrible como la mirada del guerrero que levanta el brazo para herir.

«Su manto es de plata y diamante, y su cabellera negra como el ébano.

«Cuando ella aparece entre los doseles de su trono de nubes y mira al mundo, el mundo palidece, porque ella es el espíritu del rayo.

«¡Ven, hermano mío, tiende tus alas en la inmensidad, y tu voz en el espacio!

«¡Ven, hermana mía, y disipa con la mirada de tus ojos azules las tinieblas!

«¡Venid, venid! yo soy Yádilkadir, y es preciso que se cumpla lo que está escrito!»

El canto del árabe se estendió en el espacio, vibrante, aterrador, profundo, y le repitieron los concavos de las rocas, la fronda de la selva, y las espumas de las aguas.

Un zumbido lejano, ronco, silvador siguió á sus últimos acentos. Los penachos de las palmeras se inclinaron, sacudiendo pesadamente sus corvas hojas, el río mugió, y los murciélagos y las lechuzas fueron á esconderse en lo mas profundo de sus grietas.

La tempestad se cernió en las alturas, y el huracán se dejó caer sobre la tierra como el águila que se lanza sobre su presa.

Primero en alta espiral, levantó silvando la are-

na, alzóse en un gigante remolino, luego se tendió rugiente, pasó junto á las rocas, arrebató las palmeras en su tromba, y doblegó bajo su huella los arbustos y los espinos.

La tiniebla se disipó, y un relámpago azulado lo inundó todo en su claridad, que permaneció fija como la luz de una antorcha que surge en un ámbito oscuro.

Delante del árabe aparecieron á un tiempo un genio horroroso y una mujer hermosísima.

Las formas del genio eran indecisas, vagas, informes, como las de esas gigantes nubes que á veces remedan una forma humana; sus alas de niebla se agitaban vigorosamente, girando sobre su cabeza, azotando el espacio, flotando, produciendo al desplegarse un rugido semejante al del león, ó un silvido igual al de la serpiente.

El torbellino se agitaba en torno suyo, y sin embargo no ondulaba un solo pliegue de la túnica del árabe junto al cual se posaba.

La mujer era blanca como la espuma del mar, y como esta sus formas tenían reflejos azulados; su semblante oval estaba circundado por una larga y sedosa cabellera negra entrelazada de perlas; dos cejas negrísimas y sutiles daban sombra á sus ojos azules y lánguidos como el sueño; bajo su nariz recta y de forma voluptuosa se dibujaba una boca suspirante de sonrisa caprichosa y ligera, y de labios pálidos, que al entreabrirse dejaban ver unos hermosos dientes de marfil; su cuello corto, de perfectas formas, se asentaba sobre dos hombros de maravillosa redondez; rodeándole como una serpiente de brillantes escamas, deslizándose sobre el hombro iz-

quierdo, seguía las ondulaciones de su desnudo seno; formado sin duda por el arcángel tentador en uno de sus mas lascivos sueños, un collar de diamantes y zafiros unido á un cíngulo de oro que sostenía en torno del talle mas hermoso que creó Allah, una túnica larguísima de tela de plata y seda tachonada de rubíes y amatistas.

Aquella túnica, entre cuyas mangas perdidas y una nube de gasas aparecían los brazos de la hada, rodeados de ajorcas de oro, era flotante, anchísima, luminosa como la mirada de los ojos de Dios.

Y aquel cuerpo deslumbrante con su blancura y con su luz; ténue y vaporoso como una sombra, hermoso como una ilusión, indeciso como una esperanza, aterrador á veces como un amago de muerte, fascinador otras, como una aparición de amores, envolvió por un momento al árabe en su túnica impalpable como el viento, sonora como él, fria como el hielo, y sus labios rozaron suavemente sus labios en un largo y suspirante beso.

Todo su ser despedía vibrantes y vivísimos resplandores; el larguísimo extremo de su túnica, recogida á veces entre las potentes alas del huracán, retronaba poderosa haciendo temblar la tierra sobre sus ejes; entonces el cuerpo de la hada se estremecía en un temblor convulsivo, sus ojos arrojaban una llama lívida, y el rayo partía de su mirada.

Y sobre todo esto rugía la tromba, volaban las nubes, se desprendía la lluvia, y la sombra tendía en los horizontes su manto de tinieblas.

—¿Qué quieres, hermano mio? dijeron á un mismo tiempo Rajatulah y Nurulawal.

—Cerca de aquí, contestó el árabe, sobre la cumbre del llano, dominando á Bertat, hay un fuerte castillo. Soldados guardan sus murallas, y mi mano no puede abrir sus puertas de hierro. En ese castillo mora la mujer de mi amor y yo quiero llegar hasta ella. Precédeme, hermana mía, y alumbrame; llévame, hermano mio, hasta su divan, arrástrame en tus alas, y luego yo volaré contigo si te place durante la eternidad.

Rajatulah rugió furioso; tendióse hasta tocar la tierra, se deslizó sutil bajo las plantas del árabe, y le levantó en una larga y rápida espiral, como las hojas secas que eleva en remolino el viento del invierno.

Precediales Nurulawal.

Instantáneamente se hallaron á la altura de la cumbre de una montaña. Sobre ella, perdido en la sombra, se veía un torreón altísimo, asentado sobre un estenso recinto de torres y murallas. En la parte mas alta de aquel torreón, á través de una ventana se veía brillar un resplandor opaco.

—¡Allí! dijo el árabe, señalando la ventana iluminada. Precédeme, hermana mía, allí duerme la mujer de mi amor.

Rajatulah rugió segunda vez, describió un estenso círculo, lanzose sobre el torreón, penetró por la ogiva, se torció lamiendo las paredes, apagó la luz, dejó dentro de la estancia al árabe, y á guisa de fiel guardian rodeó el torreón con sus alas, le envolvió en un sudario de niebla, y esperó zumbando atornador en el espacio.

El árabe adelantó vacilante en la oscuridad; sin-

tió hundirse bajo sus piés una muelle alfombra ; un ambiente impregnado de perfumes halagó sus sentidos, y tropezó al fin en un lecho cubierto de ropas de seda.

Yadilkadir se contuvo irresoluto ; su corazón temblaba á impulsos del amor ; su atento oído escuchaba, á pesar del ruido de la tempestad, el suave aliento de alguien que dormía en el lecho.

Un perfume semejante al que emana de una mujer jóven y hermosa le embriagó, creció su ser, su corazón parecía querer romper la cárcel de su pecho.

—¡Luz, Nurulawal, hermana mia, luz! exclamó en voz baja y suplicante. ¡Que mis ojos se aneguen en su hermosura, y que la mirada de los suyos inunde mi espíritu!

Un relámpago brillante, sin forma ni color, dissipó las tinieblas, y se replegó, silencioso, permanente en los ángulos de la estancia.

Su luz blanca y diáfana no tenía reflejos lívidos; era dulce, suave y fantástica como la del alba.

El lecho tomó por ella forma y colores; y Yadilkadir vió sobre un rico divan de oro y seda, envuelta en una túnica de púrpura, con los cabellos destrenzados y las manos cruzadas sobre el seno, una niña que dormía.

Pero fuese que la impresion de la luz la despertase, fuera otra cualquier causa, sus ojos se abrieron, levantóse sobre el divan, llevó las manos á sus ojos soñolientos y se puso de pié.

Su ancha túnica flotó entonces en desórden; destellos deslumbrantes partieron de sus ajorcas y sus arracadas de oro, su larguísima cabellera flotaba té-

nualmente impulsada por el aliento de Rajatulah que asomaba su frente invisible á la ventana para admirar su hermosura, y un olor fragante se extendió sobre el retrete.

Aquella niña que apenas mostraba en su semblante catorce años, pero cuyas formas habian llegado al desarrollo de la mujer, era una hermosísima hija de la Nubia, de piel negra, suave y lustrosa como el ébano, de larga y sedosa cabellera y de frente tersa y majestuosa. Sus ojos eran dulces como el sueño de una virgen enamorada, elocuentes como la pasión y brilladores como el carbunclo mágico de las peris; la mas hermosa doncella de Grecia hubiera envidiado su semblante oval, su boca era mas roja que la púrpura de su túnica, y su dentadura mas igual y mas nacarada que las ricas perlas que entrelazaban aun parte de sus cabellos destrenzados por el sueño. Sus descuidadas ropas dejaban descubiertos sus redondos hombros, y sobre su seno aterciopelado y palpitante descansaba un talisman de rubies, sujeto á su cuello reducido y musculoso por un collar de oro y perlas, en armonia con las que hacian resaltar los reflejos azulados de su negra y brillante cabellera.

Y sobre todo esto ocultando mal lo esbelto de su talle, que se balanceaba al andar como el tronco de una joven palmera; revelando cada una de sus valientes formas, descubriendo su pié, sus brazos torneados por el amor, y sus manos reducidas y admirables, se plegaban en triple vestidura, sus túnicas de finísimo y blanco lino, de relumbrante brocado y encendida púrpura.

Aquella mujer era tan hermosa, tan incitante, tan pura, como debió serlo la reina que encendió la llama del amor en el corazón del sabio rey Salomón (¡Dios sea con él!).

El árabe quedó mudo de amor, de admiración, de respeto ante aquella aparición divina. Ella corrió en su primer movimiento á la ventana, tomando por la aurora la suave luz que emanaba de Nurulawal, ansiando ver las flores de su jardín, las montañas cercanas y los remotos horizontes.

En su descuido de niña no había visto á Yadilkadir, que estaba casi oculto entre los ricos tapices que caían en anchas plegaduras sobre el diván.

Pero apenas asomó su hermosa frente á la ventana, Rajatulah azotó su rostro con su soplo violento; el ruido del torbellino retronó en sus oídos y sus ojos solo vieron sombra en el espacio.

—Mi lámpara ha estinguido su fuego, dijo retirándose de la ventana, la luz del día penetra en mi retrete, y fuera sobre el mundo vuela la tempestad entre las tinieblas. ¡Oh! añadió adelantándose con un abandono majestuoso hácia el árabe en que al fin se posaban sus ojos. ¿Quién eres tú? ¿quién te ha traído aquí?

—Me llamo Yadilkadir, nombre de guerra que me han dado mis enemigos, y me ha traído hasta ti. Rajatulah.

La niña se sonrió, y asió con sus pequeñas manos las tostadas del árabe, que se abrasaron á su suave contacto.

—Yo soy virgen, dijo la hermosa, mirando con una curiosidad infantil al árabe, mi padre es rey

y mi madre genio. Tu eres un príncipe del aire, ¿no es verdad? ¡Oh! yo amo mucho á los espíritus del aire.

—Sabes tú lo que es amor, murmuró ébrio de felicidad Yadilkadir.

—Sí, el amor es la luz, el amor es la vida, el amor es el espíritu del espíritu.

Los ojos del árabe se fijaron intensos y sombríos sobre la niña; un pensamiento de celos desgarradores pasó por su alma.

—¡Oh! continuó ella con su misma sonrisa tranquila é incitante, pero el amor es también la sombra del espíritu, el tormento del cuerpo; es la desesperación, la muerte.

La mirada de Yadilkadir se estremeció, y un frío glacial corrió á lo largo de sus venas.

—¿Tú has amado? la dijo.

—Sí, contestó ella; hace mucho tiempo he amado el viento, los espacios azules, los pájaros que pasaban volando sobre la torre y se posaban en la saliente de sus saeteras; he amado el ruido del río, el son de la lluvia, el bramido de la tempestad; he amado mi retrete con sus tapicerías de oro y azul, mis búcaros de flores, mis perfumes y mis joyas; he amado todo lo que me ha rodeado, y he dormido creyéndome suspendida en las alas del viento, como los pajarillos antes de ser presos en mis jaulas doradas.

—¿Y luego? la preguntó el árabe.

—Ven, le dijo ella llevándole delante de un gigantesco espejo de acero; mira: hace algún tiempo, al despertar encontré puesta en su lugar esa placa brillantada; la miré y ví en ella otro ser; sonreía si

me sonreía, me miraba si le miraba, tendía los brazos hacia mí si yo los tendía hacia él, pero siempre que pretendía abrazarle me rechazaba un muro de acero; lloraba y le veía llorar. ¡Oh! desde entonces las flores y los pájaros, la luz y las tinieblas me eran indiferentes; mi corazón sufría, y mis sueños eran tristes, muy tristes. Sentía el amor que es la sombra del espíritu y el tormento del cuerpo, el amor que es la desesperación y la muerte.

Yo que hasta entonces había visto con indiferencia al sabio anciano que me enseñaba y vela junto a mí, le miré con atención, pretendiendo buscar en él algo del ser que llenaba mi alma; pero sus cabellos y su barba blanca me daban frío, sus ojos escondidos bajo sus anchas cejas me inspiraban miedo, su piel arrugada y surcada de grietas me repugnaba.

Miré los soldados y los cautivos que vagaban entre las murallas al pie de esta torre y aparte la vista con horror; eran hombres feroces manchados de sangre, ó miserables esclavos degradados y embrutecidos. Tampoco encontré en ellos el ser de mi alma.

Entonces pensé en ser sabia como mi viejo guardián, pensando encontrar en la ciencia lo que no encontraba en torno mio. Al siguiente día le revelé mi deseo, y se estremeció de temor. Insistí, y me contó una estraña historia.

—¡Una historia! murmuró el árabe, ¿y de quién?

—Era la mía. Me dijo que habían transcurrido doce estíos desde una tarde en que un señor poderoso, el rey de este castillo y de la ciudad que se tiende á sus piés, se extravió solo en la caza y se perdió entre las montañas. El caballo del rey golopaba tras

una cierva, blanca y gentil, y la cierva corria, corria siempre delante; y asi, el rey persiguiéndola y la cierva huyendo llegó la noche. Una hermosa noche tranquila y diáfana, alumbrada por una luna muy clara; y la cierva seguia corriendo pero con menos velocidad, de modo que en poco tiempo se puso á tiro de arco del rey.

—¿Y el rey disparó..?

—Iba á hacerlo, pero la cierva desapareció en la sombra y en su lugar quedó una mujer hermosísima. La noche era silenciosa, el sitio solitario, el rey amante, y él y la mujer se perdieron en la selva.

Después de esta aventura la mujer no volvió á parecer ante el rey, aunque éste estaba perdidamente enamorado de ella. La buscó por todas partes, consultó por medio de los sabios los astros, pero nada supo. Desesperóse y mandó cortar la cabeza á los astrólogos, pero nada consiguió mas que hacerse injusto y cruel.

Y así pasaron algunos meses, hasta otra tarde en que el rey divirtiéndose pescando en el rio; sintió un gran peso en la caña; tiró con cuidado y sacó sobre la corriente un cofrecillo de sándalo envuelto en una tela de brocado.

El rey era codicioso y se llenó de alegría, porque pensaba haber encontrado un tesoro. Pero sus esperanzas fueron vanas. Abrió el cofrecillo con una llave de oro que pendia de él sujeta á una cadena, y encontró una niña: esa niña soy yo.

La jóven se detuvo para mirar con ternura al árabe, que escuchaba su relato entregado á una atención extrema.

—El primer impulso del rey fué arrojar al agua el cofrecillo conmigo, pero una joya que pendia de mi cuello, la misma que ahora llevo, hirió con reflejos deslumbrantes sus ojos avarientos. Quiso despojarme de ella, pero al hacerlo sus manos encontraron entre mis ropas un pergamino. Desenrollóle y halló escritas en él estas solas palabras: *Toma, consulta y obedece.*

Atónito el rey con aquel misterio cerró el cofrecillo, lo ocultó bajo su manto, abandonó sus redes, y se volvió meditabundo con su estraña pesca á su alcázar, donde en el aposento mas retirado se rodeó de sus sabios, les mostró el cofrecillo y el pergamino, y les mandó descifracen las tres palabras misteriosas.

—Señor, contestaron los sabios despues de haber consultado entre sí, la primera palabra te indica que adoptes esta niña; la segunda que consultes su horóscopo; la tercera que obedezcas el decreto del destino que el horóscopo señale.

El rey, mas por temor que por generosidad, juró por su alma tenerme por hija; me entregó á una nodriza, mandó á los sabios que consultasen mi horóscopo, y estos observaron durante siete noches el curso de las estrellas.

—Señor, le dijeron un dia, hemos descifrado el horóscopo de la niña, y le hemos escrito en este pergamino, que no podrás leer hasta que nosotros hayamos salido de tu alcázar.

El rey tomó el pergamino y los sabios salieron; entonces el rey se retiró al aposento mas retirado de su alcázar, desdobló el pergamino y leyó lo siguiente:

IV.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Moraba hace treinta años en la region situada entre el golfo pérsico y el mar Rojo, un hombre de gran valor y prudencia, aunque de oscuro nacimiento; llamábanle Ysahculhayal (Yshaku-l'shayal, *Isac el pescador*), á causa de su profesion, y era tan pobre y tan desgraciado, que nunca sus redes le produjeron mas que lo apenas necesario para comprar su pan y su sal. Pero nunca su boca blasfemó, ni la desesperacion entró en su alma, porque era un justo y Dios le tenia reservado para grandes cosas. Y llegó un dia en que sus redes salieron vacias del mar, y tras de aquel vino otro, y otro hasta siete;

los cuatro primeros días vivió de sus provisiones ahorradas, pero los tres restantes ayunó. Al sétimo el hambre le aquejaba, sus fuerzas desfallecían y apenas alcanzaba á tirar de la red, que al fin salió como los otros días anteriores, sin haber cogido entre sus hilos rotos otra cosa que piedras y arena.

Ysahculhayal soltó entonces los tiros de su red, y desfallecido de hambre y fatiga se tendió sobre la playa esperando la muerte, y murmuró estas palabras:

—¡Hágase la voluntad de Allah!

Después un profundo sopor cerró sus ojos, sombras densísimas envolvieron su espíritu, y corrió por sus miembros el frío de la muerte.

Entonces el viento salió de su profunda cueva, levantó la cabeza sobre el mar y rizó blandamente sus olas; luego arreció, las arrojó en tumbos sobre la arena, y al fin pujante, las impelió cual montañas de esmeralda, coronadas de perlas.

El mar cubrió el cuerpo de Ysahculhayal y le arrastró; entonces este volvió en sí; encontróse envuelto en las olas, y oró á Dios, creyendo llegada su hora terrible; pero con gran sorpresa suya sintióse fuerte y satisfecho, caminando sobre un pavimento de nácar y rodeado de aguas azules como el zafiro, que rodaban mansamente delante de él, abriéndole paso á través de los mares.

Y á poco que anduvo encontró un alcázar con muros de ámbar y puertas de plata, emanando por sus ajimeces una armonía deliciosa y una luz clarísima.

Y las puertas se abrieron ante Ysahculhayal, que se encontró en una sala como no la han visto ojos humanos.

Estaba fabricado con todas las materias preciosas que atesora el mar, y las perlas caían en cascadas entre sus arcos de coral y sus columnas de diamante.

Y en medio de aquella sala, cuya cúpula estaba formada por cuantas conchas de formas caprichosas y colores vivísimos cubren el fondo del abismo, había una mujer más hermosa que el alcázar, mas pura que las aguas, y mas deslumbrante que las cascadas de perlas, los arcos de coral y las columnas de diamante.

Y aquella mujer llegó hasta Ysahculhayal, le levantó del suelo, donde al verla se había prosternado, y le besó en la frente.

—Tú has sido elegido por Allah, le dijo, para arrancar de la idolatría y de los vicios á un pueblo olvidado de su religion y entregado á Eblis. Tú eres justo y bueno, y la fortaleza de Dios está en tu corazón. Yo he ahuyentado durante siete días la pesca de tus redes, y te he visto volver la espalda al mar sin maldecir de tu fortuna; yo he enviado á mi hijo Rajatulah para que arrasase tu cabaña, y al encontrar sus ruinas has ido á buscar un asilo contra el rocío de la alborada en las grietas de las rocas, sin que el sueño haya huido de tus ojos, y sin que visiones tentadoras hayan oscurecido tu espíritu. Yo soy Malicatulbajri (Malicatu-l'bahhri, *Reina del mar*), y te amo, pescador, porque eres hermoso, bueno y temeroso de Dios.

La hada asió por la mano á Ysahculhayal y le llevó sucesivamente á salas tan ricas como la primera, pero de labor y materias distintas; le enseñó tesoros inmensos encerrados en profundas cuevas; retretes

maravillosos con mesas cubiertas de esquisitos manjares, y lechos blandos y perfumados; manos invisibles cubrían las mesas de viandas, y del mismo modo voces dulcísimas halagaban los sueños de paz y de amores, que plugo á Allah conceder con Malicatulbajri á Ysahculhayal.

Y estuvieron así por espacio de siete días; durante ellos Malicatulbajri, al amanecer de cada uno, conducía á su amado sobre un carro de nácar tirado por delfines á sus estensos dominios. Ysahculhayal recorrió todos los mares hasta regiones incógnitas y nunca visitadas por los hombres; le fueron conocidos cuantos ríos desaguan en los mares, y cuantos peces surcan las aguas, desde el inofensivo caracol hasta la terrible y maligna serpiente que rodea la tierra, con sus escamas de bronce y su triple quijada de acero; anegado en el amor de Malicatulbajri se perdió con ella bajo la fronda de las selvas submarinas, hollando con su planta de hombre su césped de algas y sus llanuras de ovas; vió lo que solo ha visto quien lo crió, y no tuvo soberbia; gozó mas de lo que el hombre puede soñar en su locura, y no se adurmió en los placeres. Ysahculhayal en la prosperidad era el mismo que en la desgracia.

El sétimo día, Malicatulbajri metió su carro por la embocadura del Gran río (*el Nilo*), y subió su corriente hasta la embocadura del Bark-el-Azrak (*rio azul*); luego buscó la confluencia de otro río, y apresuró sus delfines, que gemían obligados á vivir lejos de las aguas saladas.

El carro se detuvo delante de un pequeño alcázar situado en lo mas profundo del río, y tan bello, tan

rico y tan deslumbrante como los que habia visto Ysahculhayal en los mares. Las puertas del alcázar se abrieron, y apareció en ellas otra hada hermosísima, pero negra como las hijas de la Nubia; de su cuello pendia un talisman, y sus ropas eran de lino, oro y púrpura.

Las dos hadas se abrazaron estrechamente y se besaron en la boca.

—Esta es mi hermana Malicatulankari (Malicatulankari, *Reina de los rios*), dijo á Ysahculhayal; las dos fuimos creadas el mismo dia en que el Altísimo; despues de separar la luz de las tinieblas, puso las aguas rodeando al mundo, y nosotras dimos á luz á nuestros hijos Rajatulah y Nurulawal; ha llegado el momento de separarnos. Vete. El reino maldito de que te he hablado está cerca de tí. La impiedad y la idolatria dominan en él; conquista ese reino, vuélvele al conocimiento de Allah, y si eres fuerte y justo, despues de tu muerte vivirás conmigo en mis alcázares del mar y en mis jardines de los lagos.

Cuando hayan transcurrido nueve lunas desde este dia, vé al lugar donde solias pescar y echa al mar tus redes. Lo que haya de suceder sucederá porque está escrito.

Y Malicatulbajri besó en la boca á Ysahculhayal, abrazóle Malicatulankari, las aguas se condensaron, elevaron en su tromba al pescador y le arrojaron entre las espadañas de la ribera.

Cuando la luz del sol poniente hirió los ojos de Ysahculhayal, cuando respiró el aire templado de la tierra, cuando se vió sobre ella con los vestidos enjutos, creyó efecto de un ensueño lo que habia pasa-

do por él durante siete dias ; pero cuando se encontró á la márgen de un rio, sobre una tierra desconocida ; cuando levantó los ojos y vió ante sí una ciudad estrangera rodeada de fuertes murallas y dominada por un altísimo castillo, la duda huyó de su espíritu, y como siete dias antes habia aceptado la muerte, aceptó la mision que le deparaba el destino, y exclamó prosternándose :

—¡Hágase la voluntad de Allah !

Y la noche se acercaba. Ysahculhayal prefirió un asilo en las rocas á dormir bajo el techo de una ciudad impía, y se alejó á lo largo de la ribera y á poco trecho encontró, tras un recodo del rio, entre palmeras y nopales, una magnífica tienda de oro y seda, alrededor de la cual gineteaban algunos guerreros árabes.

—¿Sabeis dónde podria yo encontrar un asilo? preguntó humildemente Ysahculhayal á uno de ellos.

—Tuyo es, señor, lo que ves ante tus ojos, contestó el árabe ; somos vasallos de Malicatulbajri y te esperábamos.

Ysahculhayal entró en la tienda, é instantáneamente le rodearon hermosas esclavas, despojáronle de sus pobres vestidos de pescador, vistiéronle una túnica de brocado, rodearon á su frente un chal de la India y calzaron sus piés con sandalias de oro y púrpura. Luego trajeron ante él un espejo de plata, y á la luz de olorosas antorchas de aloé pudo notar el cambio operado en su ser.

Sin haber perdido su semejanza era un hermosísimo mancebo con toda la fuerza y el esplendor de la edad viril ; el rojo color de su semblante no era el

producido por el continuo azote de los vientos, de los abrasadores rayos del sol y de las emanaciones marinas; era el dorado color, distintivo de los hijos de Arabia, estendido sobre una piel tersa, fresca y brillante; sus manos endurecidas y desfiguradas por el trabajo, se habian transformado en otras manos robustas, pero hermosas y suaves como las de una esclava; su talle, sin dejar de ser fuerte, era esbelto, y su cabeza se erguia con majestad sobre su pecho dilatado y sus anchos hombros.

Su ademan era el de un rey, y su túnica de púrpura se adaptaba admirablemente á sus formas.

Tras las esclavas entraron los joyeros y le prendieron las alhajas que puede llevar sin vergüenza un soldado árabe; tras estos, cargados de armas, llegaron los esclavos, y un anciano wali le ciñó una espada de oro.

Luego le fueron presentadas viandas esquisitas, de las cuales solo tomó pan, leche y dátiles; y cuando se reclinó en su lecho de pieles de tigre, cuando todos se retiraron, la mas hermosa de las esclavas entró en la tienda, sentose junto al lecho y veló su sueño.

Ysahculhayal despertó al amanecer, hizo la ablucion en una fuente de oro que le presentó la esclava, y elevó á Allah la oracion de azzobhi.

Oíase un gran ruido de armas y caballos fuera de la tienda; Ysahculhayal salió á su puerta y vió en el valle, agrupados en escuadron cerrado, diez mil ginetes; ciñóse un arnés damasquino, cabalgó en un fogoso caballo, mandó plegar las tiendas, y en silencio, entregado al destino, abandonó las riendas á

su cabalgadura, embrazó la adarga y afianzó la lanza preparado al combate, y seguido de su ejército, de su consejo y de su harem llegó á las puertas de la ciudad.

Durante la noche los corredores habian visto en las márgenes del rio aquel ejército extranjero; y la ciudad se habia apercebido á la defensa. Estaban cerradas las puertas, levantados los rastrillos y las almenas cubiertas de soldados.

Ysahculhayal envió en nombre de Dios un mensaje á la puerta mas cercana intimando la rendicion; y por respuesta lanzaron los moradores una nube de saetas á los árabes.

Entonces sonaron en un alarido guerrero los añafles y los atabales, desplegóse la bandera del profeta, Ysahculhayal desnudó su espada y seguido de los suyos se lanzó sobre la puerta.

En un momento la cava que la defendia fué cegada con piedras y árboles, cien hachas calleron sobre la puerta que se abrió hecha astillas, y los hijos del Islam penetraron en la ciudad.

La mortandad fué terrible; herian las espadas de los árabes impulsadas por la mano de Dios en los impíos como el granizo sobre las mieses, y fueron esterminados todos los que empuñaban lanza ó azagaya, hasta el rey que cayó entre sus mancebas en lo mas retirado de su harem.

Ysahculhayal se apoderó de la ciudad en nombre de Allah, derribó el templo consagrado al sol, purificó con la ablucion los alcázares, las calles, las plazas, las murallas y los edificios de la ciudad, y levantó aljamas á Dios.

Siete días despues el Koram era observado por los habitantes del pueblo impío, y el ejército árabe desapareció una noche, como habia aparecido para ayudar á Ysahculhayal.

Solo quedaron las vírgenes y hermosas esclavas del harem.

Pasaron nueve lunas en una paz profunda; Ysahculhayal era dueño de un reino floreciente y religioso; le amaban sus vasallos, le respetaban sus vecinos, y el sol de la felicidad brillaba sobre su frente.

Pero su próspero destino no le hizo olvidar sus deberes; algunos días antes de que se cumpliesen las nueve lunas, dejó el gobierno de su reino á su visir, y solo, con sus antiguos vestidos de pescador y sus redes al hombro, se encaminó á las playas del mar Rojo, donde en los tiempos de su pobreza se ejercitaba en la pesca.

Llegó despues de una larga caminata, y su corazón se dilató; volvía á ver la tierra de su infancia; encontraba su pobre choza como antes de ser arrebatada por el huracan, y junto á ella sus ojos, arrasados de lágrimas, se posaron en las tumbas de sus padres y de sus hermanos.

Oró toda la noche sobre ellas, y al amanecer arrojó sus redes al mar; cuando creyó que podia retirarlas tiró de ellas; un peso enorme hacia su trabajo lento y penoso; faltábanle fuerzas; al fin logró saçarlas sobre la ribera.

Dentro de ellas venia un cofrecillo de nácar; abrióle y encontró un hermoso niño.

Entre sus ropas halló una tela de oro en que estaban escritas con perlas estas palabras:

Ese infante es hijo de Malicatubajri y de Ysahculhayal su esposo; haz de él un buen muslim y un buen caballero, y sigue obedeciendo tu destino.

Ysahculhayal besó llorando de placer á su hijo, lanzó un beso al mar y ébrio de alegría entró en su cabaña.

Apenas se habia sentado en ella, cuando una esclava hermosísima se presentó á la puerta.

—Yo soy la nodriza de Ebn-al-Bajri (*Hijo del mar*), le dijo.

Ysahculhayal la entregó el niño; oró aquella noche sobre la tumba de sus padres, y al dia siguiente, despues de haber arrojado otro beso al mar, emprendió acompañado de su hijo y de la nodriza, la via de su reino.

Llegó y ningun sabio descifró el horóscopo del niño, que creció hermoso y valiente, pero feroz como la ira del león.

Y gobernó Ysahculhayal pacíficamente su reino durante doce años.

Pero habia llegado el momento de su prueba.

Tenia, resto de toda su raza, un hermano; este hermano era vengativo, cruel y tan irascible, cuanto era generoso, caritativo y humilde Ysahculhayal; indolente y criminal; en vez de haber ayudado á su hermano en la profesion de sus padres, le robó sus escasos ahorros, compró con ellos un caballo y una lanza, y se unió á una de esas hordas de árabes ladrones que asaltan á las caravanas y son el azote de los linderos del desierto.

Y así, el uno practicando la virtud, el otro perdido en el sendero de los crímenes, pasaron veinte

años desde el día en que el hermano robó al hermano, y doce desde aquel en que Ysahculhayal había sido elevado á un trono por la justicia de Allah.

El árabe ladrón, en su vida de vagancia fué llevado por el destino al reino de su hermano, y á pesar de su grandeza reconoció á Ysahculhayal, púsose ante él, lloró hipócritamente sus faltas, le ofreció mejorar su vida, y el hermano siempre generoso, siempre bueno, le abrió los brazos, le hospedó en su alcázar, y poco despues, engañado por el esterior hipócrita del bandido, le dió el gobierno de su ejército.

Poco tardaron en mostrarse las consecuencias de tamaña imprudencia. Los habitantes de la ciudad, mal avenidos con el gobierno justiciero y rígido de Ysahculhayal, adictos al libertinaje y á la impudencia de su antigua religion, oyeron las pérfidas sugestiones del hermano rebelde, y amaneció un día fatal en que Ysahculhayal se vió preso con su hijo en la torre mas fuerte de su alcázar, vendido traidoramente por su ejército, y acusado de impío y de asesino por los adoradores del sol.

El hermano traidor hizo conducir ante sí, cubierto de cadenas, al hermano inocente; y ambicioso siempre y cruel, le ofreció la vida en una prision si le revelaba el sitio donde había escondido sus tesoros.

Ysahculhayal no reprochó al hermano su crimen, ni se indignó, lloró por él y le manifestó su pobreza.

Porque siempre caritativo, había gastado los impuestos y los tributos en hospitales y limosnas para aquel pueblo que le asesinaba; había sido siempre frugal, y las esclavas de su harem, escogidas por

Malicatulbajri entre las mas hermosas hadas de los lagos, se conservaban aun vírgenes é inmarchitas.

El asesino se irritó ; creyó que su hermano menta, y esperando que el terror le arrancase su secreto, le condenó con su hijo á la muerte de la hoguera.

Y la hoguera se levantó. Ysahculhayal y su hijo fueron conducidos á ella, y alli por última vez el hermano pidió los tesoros que soñaba al hermano.

Ysahculhayal solo contestó como en los tiempos de su pobreza y de su prosperidad :

—¡Hágase la voluntad de Allah !

Y el fratricida puso fuego á la hoguera.

Entonces las nubes se tendieron en el espacio, la tormenta rugió sordamente al lejos, y se arrojó con la rapidez del rayo sobre la ciudad maldita. La niebla envolvía la hoguera, torcióse en torno de ella el huracan, y arrastrando la tromba se elevó rugiente en el espacio.

Quando se dispó la niebla solo quedaban cenizas en el sitio de la hoguera.

Todo estaba terminado. El asesino era rey, y las mezquitas fueron arrasadas, escarnecido el nombre de Allah, y reedificado el altar de oro del sol.

El usurpador penetró en el harem, pero le halló desierto ; las vírgenes habian desaparecido.

Tornó la impureza con todo su fatal esplendor; adoróse cuanto de inmundo halaga los sentidos, y Eblis tendió sus alas sobre la ciudad impia.

Y andando el tiempo, el rey de aquel pueblo, acusado por su conciencia y por sus malos ensueños, salió un dia á caza. Abandonóse á la carrera de su caballo, y encontróse de repente sobre el rastro de

una cierva; siguióla hasta que se puso al alcance de su azagaya, é iba á disparar, cuando la cierva se transformó en una doncella nubia de maravillosa hermosura.

Aquella doncella era Malicatulankari.

El rey se deslumbró ante su belleza, descabalgó y ella le abrió sus brazos; estaba escrito, y Malicatulankari volvió llorando á sus alcázares del agua, despues de haber sido profanada por el rey.

Y el rey la buscó, y no la encontró; y preguntó á los sabios, que no le supieron contestar y los degolló.

Y anduvieron aun siete lunas.

Habia corrido la voz de que el rey anterior habia encontrado, siendo pescador, en sus redes un talisman poderoso al que habia debido su poder: el rey, ambicioso siempre, salió un dia de su alcázar disfrazado de pescador; llegó al rio y arrojó las redes; cuando las retiró encontró en ellas un cofrecillo de sándalo y dentro una niña, un talisman y un pergamino en que estaban escritas tres palabras misteriosas.

Y el rey llamó astrólogos árabes que le dijeran el horóscopo de la niña, y los sabios observaron los astros durante siete noches, y leyeron en ellos lo que estaba escrito, y supieron que aquel rey era el rey de Bertat, y que aquella niña era hija suya y de Malicatulankari.

Y añadieron los astros.

Y esa niña se llamará Zarulamyai (Zahara-l'amyai, *Flor de las aguas*); y será hermosa, y amará á uno de su raza, y el talisman que rodea su cuello la librárá de la muerte y de la pobreza.

Y si esa niña conoce el bien y el mal, será desdichada y producirá el castigo de su padre.

Y si se une al hombre de su amor, dará á luz ocho hijos, que tendrán en su espíritu el gérmen del mal, y presidirán el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus (1).

Pero si esa mujer llega á cumplir sus quince primaveras sin conocer al hombre de su amor, el rey será poderoso y morirá anciano y respetado.

Ese es mi horóscopo, prosiguió la niña, y me llamo Zarulamyai; un horóscopo terrible, amado mio, añadió posando la intensa mirada de sus ojos negros en Yadilkadir, que la contemplaba con un amor y un interés crecientes.

—Ya ves, me dijo el sabio despues de revelarme mi historia, que la ciencia te sería funesta.

—Y bien, yo quiero ser sabia como tú, le conté; saber porque lucen en los cielos esos astros brillantes cuando la noche envuelve al mundo; hablar con ellos, para que me digan donde está el hombre de mi amor.

El astrólogo árabe, porque tal era mi anciano guarda, palideció.

—Yo no puedo enseñarte eso, me dijo, porque perderia la cabeza. Tu padre te ha separado del mundo y te ha encerrado aqui bajo mi custodia; harto he hecho en enseñarte un lenguaje y en hacerte conocer el verdadero Dios, porque asi he jugado mi cabeza por tu alma.

Yo insistí, me senté sobre sus rodillas y jugué

(1) *Península de España.*

con su barba ; habia notado que el sabio hacia algun tiempo me contemplaba de un modo particular, que habia perdido su jovialidad y que me trataba con reserva ; le habia sorprendido mirándome al descuido, y á pesar de mi inocencia habia conocido en él una inquietud y un afan por mí, igual al que yo sentia por el ser misterioso que llenaba mi alma.

Mis halagos hicieron un efecto terrible en el viejo astrólogo, que al fin cedió á mis ruegos, pero con una condicion.

—¿Y qué condicion era esa ? preguntó con acento sombrío Yadilkadir.

Zarulamyai se sonrió lánguidamente.

—Mi amor, contestó ; se arrojó á mis piés, besó la orla de mi túnica, y me confesó que estaba furiosamente enamorado de mí. Yo no sabia lo que significaba la palabra amor.

Entonces el sabio me dió su primera leccion.

—El amor, me dijo, es un fuego intenso y dulce que se apodera del alma á la vista de un objeto que la fascina ; el amor es el gérmen de la vida y de la luz, padre de cuanto existe, lazo misterioso é inesplicable que une la creacion con el creador ; el amor es la ley eterna é inmutable que preside á la reproduccion universal, la atraccion poderosa que hace rodar en sus órbitas precisas los orbes y los astros en los abismos del espacio y del infinito ; el amor es la luz, la vida, el espíritu del espíritu ; el amor es Dios.

Zarulamyai al decir estas palabras era mas que una mujer ; su hermosura resplandecia, su seno se agitaba dulcemente, su voz trémula, de emocion y

de amor, era incitante, dulce sobre todas las dulzuras, armoniosa sobre todas las armonías; su alma virgen y apasionada se exhalaba por sus ojos en una mirada intensa, diáfana, brilladora; era entonces mas que una tentacion, era el espíritu del amor.

Y Yadilkadir cayó á sus plantas en un impulso de adoracion, abrazó sus rodillas, y balbuciente, trémulo, fijando en ella sus negros y hermosos ojos cubiertos por la primera vez con un velo de lágrimas, con el corazon palpitante y la frente abrasada murmuró, anegando su mirada en la clara mirada de Zarulamyai:

—¡Yo te amo!!

Y ella, sonriendo de felicidad, radiante de amor, conmovida en un estremecimiento infinito, le levantó de la alfombra, rodeó sus frescos brazos á su cuello y murmuró sobre sus labios abrasados otro «yo te amo» fascinador.

Pero instantáneamente pasó ante el espíritu del árabe una vision funesta; parecióle que entre Zarulamyai y él se deslizaba el viejo astrólogo, lanzado allí por el espíritu de la impureza, y retrocedió poniendo la mano sobre su corazon como si hubiese recibido en él un golpe de muerte.

Zarulamyai, con el delicado instinto de una mujer que ama, adivinó la causa del horror del árabe, y su alma, herida por aquella sospecha, lanzó á sus ojos una lágrima solitaria.

Yadilkadir se sentó sombrío en el divan y ocultó su rostro entre las manos; ella continuó su relato interrumpido, dominando su dolor.

—El amor es la felicidad, me dijo el sabio astró-

logo, cuando es igual el lazo que une á dos seres; pero cuando es aislado, cuando el ser por quien se sufre no comprende nuestros sufrimientos, el amor es la tiniebla, la desesperacion, la muerte, el no ser.

Zarulamyai pronunció sus últimas palabras en un acento frio, apénador, amargo como un reproche.

—¡Pero el astrólogo...! murmuró roncamente Yadilkadir levantando la cabeza y mirando sombríamente á la niña.

—Es verdad, continuó ella; el astrólogo me dijo: si tú me amas, yo te haré tan sabia como Salomon, y te mostraré cuantas maravillas encierran los abismos del cielo y de las aguas, y donde tienen sus linderos la luz y las tinieblas; los astros hablarán para tí, y te será conocido el lenguaje de las aves y de los brutos, de los peces y de los reptiles.

Yo le ofrecí darle mi amor cuando me hubiese hecho conocer todo lo que desease, y el sabio tornó al dia siguiente provisto de pergaminos enrollados, en que estaban escritos estraños caracteres.

Y pasaron dias tras dias; yo adelantaba con ardor en el camino de la ciencia; mundos antes desconocidos para mí, se abrieron ante mi pensamiento inundados de luz; escuché la voz de Dios en mi corazon, le sentí en mis ojos, en el ambiente que respiraba, en el azul de una noche serena y en los rugidos de la oscura tempestad; los astros tuvieron lenguaje para mí; pero era un lenguaje de amor; les pedia á mi amado y ellos reverberando trémulos me contestaban: ¡espera!

Y cada dia el astrólogo me decia:

—Ya eres sabia, ámame.

Y yo le contestaba :

—Tú me has enseñado el lenguaje de los pájaros y de los animales, de los peces y de los reptiles; díme ahora qué murmuran los árboles y las palmeras, los nopales y los espinos, las yerbas y las flores, cuando las mece el viento de la mañana, ó cuando las azota furioso el huracán; qué sienten las nubes cuando flotan mansamente engalanadas con túnicas de púrpura ó zafiro, ó cuando se arrastran rodando bajo la tempestad ateridas entre su manto de niebla.

Y el astrólogo me hizo conocer lo que le habia pedido, como tambien el lenguaje de los arroyos y de los lagos, de los rios y de los mares.

Y yo pregunté á los árboles y á las yerbas, á las palmeras y á las flores, á los arroyos y á los lagos, á los rios y á los mares: ¿Dónde está el amado de mi alma?

Y ellos me contestaban: ¡Espera!

Y llegó un dia en que el astrólogo me dijo:

—Ya sabes cuanto puede saber una criatura: dame tu amor.

Y yo dije al astrólogo:

—Enséñame antes de que color son los ojos de mi amado.

Entonces el sabio se irritó, y quiso deber á la violencia lo que no le concedia el amor; pero mi madre lo habia previsto cuando me arrojó al mundo defendida por esta joya cabalística; el sabio recordó que mi horóscopo me defendia de la muerte, de la violencia y de la pobreza.

Entonces recurrió á los ruegos y á las lágrimas.

Y así ha transcurrido un año, yo esperando á mi amado y el astrólogo llorando sus amores.

Y al fin mi amado ha aparecido, mi alma se ha inundado en su mirada, y el astrólogo aun llora.

Se ha cumplido mi horóscopo, porque tú eres el hombre de mi raza.

—Sí, yo soy hijo de Malicatulbajri y de Ysaheulhayal, contestó Yadilkadir; yo soy el niño á quien el rey de Bertat condujo con su padre á la hoguera.

La admiracion se pintó en el semblante de Zarylamiyai.

—Sí, continuó Yadilkadir; mi madre velaba por nosotros desde los abismos de las aguas; cuando la mano del fratricida puso fuego á la hoguera, ella despertó en su profunda cueva á Rajatulah y á Nurulawal; «volad, les dijo, y salvad á mi esposo y á mi hijo.»

Y Rajatulah, precedido de su hermana, se lanzó sobre Bertat; envolvióla en un manto de niebla y nos arrancó ilesos entre sus alas, cuando esperabamos la muerte.

En un momento nos encontramos en la ribera del mar; era de noche; una luna tranquila plateaba la inmensidad de las aguas; Rajatulah se perdió en los horizontes, rodando sobre su cóncava y sonora extension, y nos encontramos solos.

Mi padre arrojó un beso al mar.

Entonces se abrieron las ondas, y el espacio se inundó de una luz clarísima; en el centro de ella, coronada por celages de oro y púrpura, sobre un carro de nácar tirado por delfines, rodando rápidamente sobre las aguas, apareció una mujer blanquí-